CARTAS Á LAMARTINE.

I.

El mundo marcha. Hé aquí la palabra de la creacion; desde la humilde yerba hasta la estrella no hay un sólo sér sobre la tierra que no repita la palabra *Creacion*, empezando por la tierra misma que se marcha bajo nuestras plantas miéntras que nosotros tambien marchamos.

Como es posible que en el momento en que por todas partes en este siglo se repite este grito os encuentre en su camino, á vos, Lamartine, uno de los elegidos para acusarle de error, y aún más, casi de inepcia!

¿No os acordais de vos mismo, de quien sois y de la negacion viva de vuestra propia doctrina, y hasta añadiré del progreso personificado, puesto que desde la edad de la razon no habeis hecho más que progre-

sar, á despecho de todas vuestras tradiciones de familia?

Cuando nacisteis á la vida del pensamiento el Imperio iba á terminar, y, sin embargo, vos no creisteis, no pusisteis en duda que el emperador habia persuadido á la nacion francesa que habia puesto á su servicio la eternidad. Se mataba y se moria con alegría bajo su reinado para tener el derecho de esculpir el nombre de una victoria en el mármol, ó colocar una bandera en la bóveda de una iglesia.

El amo de la Francia dijo levantando el dedo á la nacion: «¡Silencio!» y la Francia obedeció. ¿Quién hubiera osado hablar cuando el *Boletin* sólo tenía derecho de hacerlo?

La guerra, siempre la guerra; sangre y más sangre por todas partes; luto y desolacion por do quier; el pensamiento, la industria, el comercio, no se ven por ninguna parte; sólo se encuentran en esta época de la muerte el crespon que en señal de duelo lleva todo el mundo.

Habia, sin embargo, una literatura en Francia, no la literatura de Chateaubriand, que en sus soledades vuelve á leer á Tácito; no la de Benjamin Constant, que habia buscado un refugio en Alemania, ni la de Mme. Staël, que por el camino de Moscou habia ido á Inglaterra, sino una literatura de cuerpo de guardia de cueva, animada, protegida y autorizada por la policía.

Esto exhalaba no sé qué olor lúbrico de cantina, de carne abrasada por el aguardiente. Era el tiempo de la gloria; se cogia el saco y se partia. Algunas veces se volvia con una pierna ménos, y entónces el hombre ó entraba en los Inválidos ó iba á mendígar á los caminos; pero cuando se conseguia volver sano y salvo, se traia de aquella barauñda europea una cinta ó una charretera.

Ciertamente que en este momento vos, nacido de una raza guerrera, podíais haberos dicho á vos mismo: «sigamos la corriente del siglo: no hay más gloria que la gloria de los campos de batalla»; y sin embargo, en medio de esta efervescencia europea, vos dirigisteis más alto vuestras miradas y fuisteis á buscar sobre vuestra colina al Dios de la paz y de la poesía.

Sumergís vuestra alma en lo infinito. El infinito penetra en vos y toma en vuestros labios una forma que nuestra lengua no conocia aún. La Francia tiene, en fin, una poesía, que es el heroismo del pensamiento.

Era sin duda un progreso sobre la poesía avinada de las tabernas; si el vino hace cantar, el ideal es tal vez el mejor testimonio del hombre, que levantará la frente al cielo y que reconocerá que la poesía, como la ciencia, tiene su astronomía.

Está bien: habeis hecho vuestra obra, pero está obra no era más que una obra, una parte de vos mismo; habia otra parte que reclamaba tambien su turno,

30967
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

pues un hombre como vos no es solamente una imaginacion: es tambien un pensamiento. Vos habeis sentido, vos habeis querido obrar, pero la accion no se la escoge: se la acepta, ó más bien se la toma en donde esté. ¿En dónde estaba en la revolucion de Julio? Estaba en la lucha de lo que fué y de lo que es: en el derecho divino y en la democracia.

De suerte que á la revolucion de Julio le faltó la resolucion, pues, llamada á decidir entre la soberanía del pueblo y la soberanía de un hombre, vaciló, dudó y huyó ante su victoria.

Despues de haber arrojado al suelo la corona de Cárlos X, la habia recogido para ponerla sobre la frente de un colateral, esto es, hacer y deshacer á la vez el trono; pero esto no era una solucion, no era más que un alto entre dos principios. La lucha debia, pues, volver á empezar, pues la historia tiene su lógica, ó por mejor decir, su probidad.

Cuando ha colocado al frente un principio, prosigue siempre la consecuencia á través de toda clase de contradiccion, como de toda clase de sorpresa.

Vos perteneceis por vuestro nacimiento al partido legitimista. La primera revolucion puso preso á vuestro padre y habeis contraido contra la democracia una aversion de orígen; no importa: el siglo trabajaba en la emancipacion de la humanidad; ella os mira, os llama, os dice que la sigais, y vos la seguís. A pesar de

las protestas de nacimiento y la religion de familia, vos la seguís y hasta llegais á colocaros á su frente.

¡Bendito sea el viajero de la idea, y más benditos aún aquellos que vienen de más léjos y por el camino más escarpado! Pues el signo de una gran alma es amar la revolucion, cuando para amarla es preciso sacrificarla á la vez y ser holocausto de su culto, arrancar de su corazon lo que se ha creido hasta entónces ó aceptar bajo palabra todos los restos del hombre antiguo, aplastado como bajo una rueda para formar dolorosamente al hombre nuevo.

Vos habeis tenido ese mérito: habeis comprendido la intencion secreta de vuestro destino, y habeis pasado de la monarquía á la democracia.

Si no es ese un progreso, ¿qué es, pues, el progreso, y qué nombre podrá darse á esta evolucion de nuestro pensamiento?

Haceis vuestra entrada en la vida política por la gran puerta de la eleccion. Vuestros conciudadanos os envian á la Cámara de los diputados. Subís á la tribuna, teneis el dón de la elocuencia. Este es el momento de llegar á ser hombre de Estado, embajador, ministro, primer ministro.

Colocaos en uno de esos bancos de espera, á igual distancia del poder y de la oposicion. Amenazad y afianzad á un tiempo la corona. Escoged hábilmente el tiempo oportuno. Declamad contra el exceso de los gas-

tos. Intrigad en los corredores, creaos una banda de partidarios: contad con la cartera.

Pero no, sólo teneis que extender la mano para coger la fortuna, el gran cordon, y os retirais á un lado.

¿En dónde está vuestro partido? Respondeis:

No sé, mi partido es una idea. Mirais pasar ante vosotros con los brazos cruzados el flujo y reflujo de esos complots y conspiraciones para derribar ó conquistar un ministerio.

Los hombres sensatos, positivos, prácticos, debatian, segun ellos, las únicas cuestiones dignas de las miradas de la posteridad: el último párrafo del discurso de la Corona, el tratado Bulow, el *imbroglio* indescifrable de la plata. La candidatura del príncipe de Coburgo ó del príncipe de Trápani para futuro esposo de la reina de España, aún de menor edad.

Cuando por casualidad mezclabais vuestras palabras en esos debates, ¿qué decíais? Decíais que la Francia aspiraba á alguna cosa más elevada, y mostrabais con el dedo en el horizonte el nuevo fulgor de la humanidad: pedíais sitio para la idea de la bandera tricolor.

La Europa tiene los ojos fijos sobre nosotros, espera nuestro ejemplo, decíais. Hagamos alguna cosa grande, volvamos la segunda hoja de la revolucion, pongámonos á la cabeza de la verdad, por miedo que la verdad no pase sobre nuestros cuerpos y continúe sin nosotros su camino.

Vos decíais esto á esos hombres sabios, á esos hombres graves como hechos, infalibles como cifras; ellos os escuchaban un minuto, y levantando los hombros murmuraban: «¿Qué nos quiere ese poeta? Desciende de las estrellas. No sabe ser ministro. ¡Elocuente inutilidad! Habla de libertad y de humanidad. ¿Quién piensa en la libertad ni en un segundo advenimiento de la democracia?» El viento llevaba vuestras palabras al pueblo, que las escuchaba, y de un extremo al otro de la Francia, involuntaria y tácitamente, por una especie de conspiracion unánime, os nombraba su tribuno, colocando en vos su esperanza.

A partir de este momento, vuestro nombre llegó á ser el punto de reunion de todas las ideas, de todos los sufrimientos y de todas las tentativas del porvenir. Erais más que un poder, más que un partido: erais el hombre del pueblo, el hombre-pueblo, permitidme esa expresion, y un dia la Francia se tragó de repente, como por efecto de un terremoto, trono, dinastía, ejército, fantasmagoría, política positiva, política práctica: todo rodó, todo desapareció en el abismo; la nacion cayó entre vuestros brazos, y jamas su corazon ha palpitado más noblemente que en este momento y dado al mundo un espectáculo más grandioso.

Pues bien, ¿no habeis querido realizar el progreso?

¿Y qué era más que progreso el altar que ibais á levantar en la plaza de la Bastilla, y á quien ibais á llevar vuestra ofrenda?

La revolucion de Febrero, que trajo la República, ha desaparecido; debia desaparecer. Veo ahí, á lo léjos, un sacerdote cerca de una fosa; la multitud planta en este momento un árbol de la libertad. ¡La libertad en los brazos de ese hombre, ¡ah! es demasiado, sacadme de aquí; la libertad va á morir! No importa: la revolucion de Febrero habrá tenido su utilidad, dando la autoridad del hecho á lo que no habia sido hasta entónces más que una idea.

Y despues que poeta, orador-tribuno, hombre de Estado, dictador de la opinion un dia, habeis dado la vuelta á vuestra gloria, paseais una mirada melancólica á vuestro alrededor y, como si no tuvieseis bajo vuestras plantas más que un desierto, os bajais en el camino y recogeis un puñado de polvo, diciendo:

«¡Ved aquí el pueblo!» Y sonriendo con lástima lo arrojais por encima de vuestra cabeza.

¡Cómo! Vos, que habeis tenido durante vuestra vida la llama del Dante, una hora de Washington; de pié en la cumbre de una revolucion, que es el pedestal más elevado de la humanidad, habeis vuelto la cara á los cuatro vientos, y por todas partes donde se ha fijado vuestra mirada, como en Milan, en Viena, en Berlin, en Dresde, la libertad ha levantado las manos y os ha respondido con una inmensa aclamacion.

¡Cómo! Teniendo el hierro candente del poder entre vuestras manos ni siquiera os habeis quemado la epidérmis, y léjos de él volveis á encontrar el sentido perdido del Evangelio, rompeis la cadena de la esclavitud, poneis el pié sobre el hacha del verdugo, significando que nadie tiene el derecho de matar por una idea.

¡Cómo! Vos golpeais por dos veces vuestro pecho ante el mundo; de la primera vez sale la poesía, de la segunda la república: y cuando, despues de haber alcanzado las dos grandes ocasiones del siglo, no os queda más que verter en nosotros, vuestros testigos, el cordial de vuestra fe, arrojais en el silencio de esta tregua forzada del pensamiento tal grito de desesperacion, tal anatema al progreso, que los mejores y más fuertes podrian dudar.

¡Vos negais el progreso! pero no teneis derecho á ello. Para adquirir este derecho era preciso vivir muy léjos, en algun castillo, en el fondo de l'Auvergne ó del Quercy, protegido por el puente levadizo y por la poterna adornada de patas de lobos y cabezas de jabalíes; es preciso recitar el rosario en una gran sala cerrada, abovedada, sombría, silenciosa, cubierta de grandes tapicerías flotantes, oyendo el ruido de las ráfagas que entra por la chimenea, y hablar de los tiempos de Gabriela de Estree en compañía de las viejas

solteronas del castillo que hilan aún la rueca, y que, medio dormidas, dejan caer el huso al suelo.

Pero vos, desde vuestra trasfiguracion de gentilhombre en republicano, habeis vivido siempre en pleno siglo, en pleno sol, con los jóvenes, con los fuertes, con los obreros de la primera hora, los precursores de la civilizacion.

Desde el dia en que habeis pensado por vos mismo, vuestra alma no ha sido más que un himno al progreso, vuestra vida más que un acto de progreso.

Negar el progreso, es negaros á vos mismo. ¿Teneis miedo de ser demasiado grande? Pero volved la cabeza y ved detras de vos todas vuestras acciones, todas vuestras obras, hijas de vuestro genio, cómo gimen en silencio con las manos apoyadas en la frente.

II.

¡Qué momento habeis escogido para lanzar á los aires el triste gemido de vuestro desaliento!

El momento mismo en que la Exposicion Universal convocaba al mundo entero á la gloriosa olimpiada del trabajo.

Vos, lo mismo que cada uno de nosotros, al visitar el Palacio de la Industria, y bajo su techo de cristal,

como para dejar pasar la mirada de Dios, habeis podido contar obra por obra el inagotable genio del hombre creador.

Parece á primera vista una repeticion del cáos, pues la mirada vaga al azar sobre tantas formas, sobre tantos colores, arrojados, amontonados, confundidos, sin lógica de idea ni de lugar; á través de aquellos montones de cosas diversas, acopladas, unidas, se oyen ruidos vagos, sonidos inarticulados que mueren dulcemente en las profundidades de las galerías, ruidos de campanillas, acompañados de los suspiros que lanzan los órganos ó las notas metálicas de los pianos.

Despues, de repente, á una señal dada, una larga fila de máquinas movidas por un alma invisible dan vueltas golpeando de alto á abajo, de derecha á izquierda, en diagonal ó espiral, unas lenta y otras frenéticamente, y todas con distintos movimientos.

Otras máquinas, en fin, profundamente recogidas en sí mismas, conservan una misteriosa inmovilidad, pareciendo una casa de fieras que rugen ó que se agrupan en un rincon, que chillan y permanecen silenciosos hipógrifos ó Leviatanes de acero fundido.

Pero al lado de todo este *pandemonium* se ven los mil caprichos, las mil sutilezas de la materia, los tejidos impalpables más ligeros que el humo, los tapices brillantes, parecidos á los parterres de la antigua Delhy, el eden de las razas humanas, todas las piezas

justificativas de nuestros ingeniosos atentados contra la naturaleza para doblegar á nuestras necesidades todas las creaciones que han revestido una forma nueva bajo la mano del hombre ó de la máquina de hierro.

Los cuatro continentes, los tres reinos de la naturaleza han llevado sus innumerables muestras á aquel concilio maravilloso de obras y productos; éste sus perlas; aquél sus plumas; aquel otro sus corales, sus metales; aquel de más allá sus frutos, sus aceites, y, en fin, todos han acudido á una señal del hombre, desde los confines más lejanos, para alimentarle, vestirle, adornarle y curarle.

La industria provoca la colaboracion de todos los pueblos, de todos los climas. La Providencia les ha dado á todos un genio diferente y productos diversos para obligarlos á las diversas órdenes de trabajos y solicitarlos en los cambios mútuos de comercio.

Un descubrimiento, sea cual sea, como su madre divina la ciencia, pertenece indistintamente á la humanidad y tiende á hacer cada vez más á la humanidad, bajo el punto de vista del cambio, una sola y única familia.

No hay en esta galería un pedazo de madera ó de hierro, ni un grano de café, que no retrate al hombre á través del tiempo y del espacio que la mejor historia, aunque estuviese escrita por Bossuet.

Ved aquí, por ejemplo, una chimenea que acaba de

salir de las fraguas de Birminghan, pulida y brillante como una coraza; sin duda apénas la habeis mirado al pasar, y, sin embargo, si la hubierais interrogado os habria contado la historia del fuego; un mundo encerrado en una chispa, el sol prisionero sobre la piedra del hogar.

Ved ahí un reloj, que es una aguja que da vuelta sobre un cuadrante; un hecho que por su venalidad no merece ya más atencion que las piedras de un camino, y sin embargo, para el pensador como vos, esta péndola propone una pregunta. ¿Qué es el hombre sin la nocion del tiempo? ¿Y qué parte ha traido esta nocion á su destino? Aquí teneis una presa: paraos esta vez con respeto, ó más bien con reconocimiento, pues sin ella, ¿qué seria de vosotros? Vuestra propia gloria, la palabra multiplicada al infinito, la humanidad entera inclinada sobre un mismo libro y meditando como una sola alma y como un solo cerebro.

Pues bien, el glorioso inventario de herramientas y obras iluminadas con la antorcha de la historia, conciencia escrita del hombre, es el hombre mismo, el hombre desde luego,..... por la naturaleza despues, volviéndose contra ella y obligándole á servirle y á esparcir las espigas y la flor sobre los pasos de su marcha triunfal á través de la historia.

Ved aquí al hombre, pero no al hombre de hoy dia, sino al hombre siempre renovado y engrandecido en su

destino; ved aquí las historias de su genio extendidas ante vuestras miradas sobre la piedra y sobre el cobre, sobre la corteza y sobre los tejidos, sobre el cristal y la arcilla. La tierra, cual valerosa amante aplastada por él, sonrie por fin á su vencedor y le entréga generosamente sus joyas y sus perfumes.

Salvaje é inculta en los primeros tiempos, parecia decir al hombre: «¿qué vienes tú á hacer aquí?» Y ahora por do quier donde el sol brilla, madura la cosecha; por todas partes donde pasa el viento, balancea los viñedos; por donde el rio murmura, se retratan en sus aguas los contornos de una ciudad; por todas partes la mar mece en sus olas la caravana flotante de un continente, marchando hácia otro hemisferio.

Las frases que decís en este momento contra el progreso y que arrojais con velocidad sobre el papel, es el progreso mismo que os permite escribirlo, y hasta la pluma protesta en vuestra mano contra vuestras doctrinas; y hoy que estamos cubiertos de los piés á la cabeza de los beneficios del progreso, ¿os atreveis á renegar de vuestro bienhechor?

¡Y renegar de él al salir de aquel panteon de cristal, del Palacio de la Industria, construido para la gloria y la actividad del genio humano; vos, nuevo Virgilio de otro infierno, vais á respirar en la noche de la Edad Média, bajo los pórticos de un cláustro, no sé que olor sepulcral de fosa reverentemente abierta!

Vos recogeis del suelo el sudario olvidado por la lúgubre piedad de un monje, y le apretais entre vuestras manos para hacerle destilar la muerte sobre nuestra generacion y convencerla de su nada; arrojais el anatema á la perfectibilidad humana y poneis la vida en entredicho, en nombre de no sé qué doctrina sacada de un libro titulado *La Imitacion de Cristo.*

¡Ah! Lo comprendo: cuando se baja de la colina donde se ha vivido, palabra triste de por sí, se puede encontrar cierta grandeza desoladora, como á la vista del cielo en una noche de otoño. No es más que la sombra sin duda, pero con la eternidad detras.

III.

Esta doctrina dice que el hombre, sér corrompido, mundo en un centro corruptor llamado Satanás, respira y suda contínuamente la corrupcion. Haga lo que haga ó piense lo que piense, hace y piensa el mal, atrae y repele el mal sencilla, espontáneamente, por conformacion, por necesidad.

Inficionando con un soplo el mundo que él inficiona á su vez fraternalmente, vive con la naturaleza en asíduo comercio de tósigo. Su inteligencia es tósigo, su voluntad tósigo, el rayo del sol tósigo, el soplo de la primavera tósigo, la palabra tósigo, y, lo que es

peor aún, trasmision de tósigo; el ojo, en fin, el oido, la epidérmis, la sensacion, tósigo ú ocasion de tósigo.

Desde el momento en que el hombre es malo, el mundo es malo; y si estas dos cantidades malas no pueden obrar una sobre otra más que para agriar recíprocamente su levadura, la sabiduría divina ordena romper toda comunicacion del mundo con el hombre, de secuestrar al hombre del mundo, de encerrar al hombre en la piedra, de cubrir su cuerpo con la piedra y reducirle al estado de bivalvo sagrado, encerrado bajo la bóveda de la celda con sólo el espacio suficiente para respirar y dejar oir por fuera el murmullo de su plegaria.

Pero como debe ir y venir á causa de la imperfeccion de su organizacion, y como no puede arrastrar tras sí su celda, meterá su cuerpo en un saco, echará sobre su cabeza una máscara de lienzo, un capuchon para ahogar, para borrar cuanto sea posible á su alrededor todo lo que es hermosura, poesía, simpatía, armonía. Entónces solamente, simulacro informe, despojado cuanto es posible del tipo humano, impermeable á la sensacion bajo su cubierta de paño verde, se atreve á atravesar el aire ambiente con un paso lento, cadencioso, notando con el dedo sobre la cuenta del rosario, haciendo siempre la misma vuelta sobre sí mismo, murmurando la misma palabra, repitiendo el mismo gesto á la misma hora, de la misma manera,

invariable, infatigablemente, con la exactitud y la impasibilidad de la sombra, errante, silenciosa, como el sol alrededor del cuadrante.

¿Qué hace despues de esto? ¿Come tal vez? ¡Ay! Sí, pues la naturaleza le impone aún la obligacion de comer.

Pero vale más ayunar y prefiere ayunar.

¿Luego se agita, se mueve? De ningun modo. La inmovilidad está más próxima á la perfeccion que el movimiento, y la inercia más que la accion.

¿Pasa su tiempo en dormir? No, vela, por el contrario, á la hora del sueño; pues para engañar la vida ésta se opone á la idea del Dios vengador, cayendo sobre su cabeza y devolviéndole reto por reto; él la contradice, la tiraniza, forzándola á ayunar cuando quiere comer y velar cuando quiere dormir.

Este suicidio en detalle y en longitud por vía de hecho sobre cada órgano, es probablemente entónces una manera ingeniosa de forzar al cuerpo á dar su dimision para volver al alma el pleno ejercicio de su voluntad ó de su pensamiento. ¿Su voluntad? Él la ha dado en garantía, es la campanada que le dicta lo que debe querer.

¿Su pensamiento? Lo ha dejado en depósito detras de la reja del confesonario, y no lo volverá á coger más que en el sepulcro.

¿En qué podrá ocupar su alma bajo los rayos del

sol? ¿En saber? Pero la ciencia es vanidad, curiosidad del espíritu, tentacion, perdicion.

¿En amar? ¿Amar qué, en esta vida pasajera? ¿La patria tal vez? Se eleva precipitadamente un muro entre ella y él para renunciar para siempre á la gloria de servirla. ¡Patria! Vanidad tambien, figura engañadora de la verdadera patria de la ciudad de Dios; aquí abajo, allá arriba: yo no sé dónde, en fin, detras del valle de Josafat.

¿Amar á una mujer? ¡La mujer! ¡Gran Dios! La hija de Eva, siempre Eva por algun lado, siempre con el oido atento á la palabra de la serpiente! Agotaria más bien el agua de la pililla que hacer el signo de la cruz. Si por descuido viniese á errar sobre el suelo púdico que cruza todos los dias con el paso lento de su sandalia, iria á buscar un haz de leña para quemarlo en el sitio áun fresco en que su pié condenado habria posado.

¿Amar, en fin, la familia? Pero ¿qué es la familia segun la carne? La mujer tambien en el estado de multiplicacion, una distraccion de la salud, un robo á Dios, un resto de voluptuosidad, un fondo de hiel del *vas infirmius* del pecado original. El celibato es la perfeccion. El eunuco el perfume agradable al Señor.

¡Ah! Habeis escogido bien vuestro libro, convengo en ello, como pretexto para tocar la campana de la civilizacion.

El monje, prosternado noche y dia ante la imágen del Crucificado, debia escribir así, y si la tumba á su turno hablase, repetiria palabra por palabra la misma doctrina.

¿Habeis visto en la galería del Louvre una especie de espectro adornado con un bonete de doctor, que tiene una pluma en la mano y que parece pasearla sobre una página de pergamino? Este doctor es un cadáver, esta cabeza un cráneo, esta mano ocupada en escribir es la mano de un aparecido: de San Buenaventura.

¿Buscais al autor desconocido de *La Imitacion de Cristo*? Vedle ahí. Él no ve ya ni oye tampoco, y con su mano helada traza automáticamente una línea, como la araña teje su tela en una cueva.

Pero hay otro libro más verdadero, más cauto que el ruido de un stylete, melancólicamente sentado sobre la piedra de su Tebaida; un libro abierto en lo infinito de una curva al otro horizonte; un libro escrito por todos los sentidos del hombre á la vez, con la llama y el rayo, con el són y la electricidad.

¿Tengo necesidad de deciros cuál es ese libro? Es la inmensidad, el astro, la tierra, la flor, la hermosura, la juventud, la palpitacion de la sangre en las artérias, la ambicion del espacio, la atraccion del pensamiento hácia lo desconocido; Dios, en fin, pero no el Dios muerto, no el Dios en la cruz, sino el Dios vivo, el Dios relumbrante, el Dios de la creacion, so-

licitándonos por do quier para buscar el misterio y recompensándonos de haber adivinado el misterio por la voluptuosidad severa de la ciencia.

Habeis leido este libro otras veces sobre vuestra colina de Saint-Point, y nos habeis traido aquí y allá una página flotante como la hoja de la Sibila. Os ruego volvais allá al primer soplo de la primavera sobre vuestras sienes doloridas bajo el golpe doloroso del pensamiento de un monje en vuestro pensamiento.

Pero miéntras tanto vos decís, como el monje, que el dolor es merecido ó meritorio, que el dolor es el remedio del dolor, y que sufrir es el medio de cesar de sufrir.

¿El dolor es merecido? ¿El dolor es meritorio? ¿Qué lenguaje es el que hablais, y en qué siglo vivimos para oirlo? ¿El reloj del mundo está descompuesto, y andando en sentido inverso ha llevado á la humanidad seis siglos atras?

Y cuando vuestra propia conciencia os pregunte el por qué de ese sistema del dolor por el dolor aplicado á la humanidad, respondeis tímidamente: «Quizás»; no podeis disponer más que del argumento de la duda: «¡Quizás!»

Y sin embargo, con esta posibilidad, con esta hipótesi de posibilidad, combatís la doctrina del progreso y proclamais la excelencia del sufrimiento.

La inteligencia en semejante materia no se paga de

una suposicion. Quiere una demostracion completa, entera, por el hecho ó por el razonamiento. Si la teneis, dadla. Si no la teneis, cesad de afirmar; apénas si os queda el derecho de dudar.

Yo he merecido, decís, ántes de nacer el sufrimiento, y Dios me inflige la vida como un castigo. Pero ¿tengo derecho para pedir la vida al Creador? ¿Por qué me la ha dado si me castiga con lo mismo que me ha concedido?

¿Por qué no ha hecho estériles las entrañas de mi madre?

Y no es esto todo, pues él me castiga por una falta que yo no he cometido, por una falta que ignoro, como si el sér pudiese ser confundido con el sér, el yo con el tú, como si yo pudiese tener la responsabilidad de otro é infligirle la mia por yo no sé qué comunismo de accion.

Vuestro Dios me castiga, por consiguiente, en balde; me castiga únicamente para tener la ocasion de castigarme, sin duda áun más cruelmente en la otra vida; pues desde el momento que ignoro la explicacion de mi suplicio, me sublevo contra el golpe y pierdo, por consiguiente, el beneficio de la expiacion.

Otro Dios ha puesto en mí otra nocion de justicia que dice que toda falta es personal como la libertad, y que todo castigo debe tambien serlo; pero á esta nocion oponeis un protocolo de cuatro mil años que dice

que la falta de nuestros primeros padres caerá de padres á hijos hasta la última generacion; y cuando despues, extraviado entre estas dos contradicciones, que no son ni la obra ni el hecho de mi voluntad ó de mi pensamiento, escojo por nocion de justicia esta verdad de la naturaleza, vos insinuais en virtud del principio del dolor merecido, del dolor meritorio, que cometo una blasfemia y que me rebelo contra la Divinidad.

Blasfemia sea, rebelion, cuanto querais; pero en nombre de la inteligencia que piensa, de la mano que obra, la humanidad entera os dice en su historia que el dolor no es el remedio del dolor, ni la resignacion la palabra de nuestro destino. La resignacion, es decir, la inmovilidad, no puede ser más que la virtud del cordero que llevan al matadero.

En ninguna época el hombre se ha resignado á sufrir, pues por una especie de profecía divina ha presentido desde el primer dia que llevaba inagotablemente en su mente la contínua redencion de lo que llamais dolor y de lo que la filosofía del progreso llama sencillamente una disminucion de existencia.

El hombre estaba desnudo el dia de la creacion. ¿Se resignó al frio? No; ha pensado, y la llama brotó de la piedra para calentarle.

Tenía hambre: ¿se resignó al hambre? No; pensó, y las espigas se maduraron para alimentarle.

Estaba herido: ¿se resignó á ver correr su sangre?

No; meditó, y el hierro curó su herida. Estaba aprisionado por el Océano: ¿se resignó á la implacable vigilancia del carcelero feroz, del centinela sobre el ribazo? No; reflexionó, y los buques le trasportaron á otro hemisferio.

Estaba aislado en medio del tiempo, y tampoco se resignó. No inclinó la cabeza, y la Escritura ha hecho de todas las generaciones pasadas una sola generacion, siempre en conversacion con ella misma de un extremo al otro del mundo.

Era esclavo del universo que le ahogaba por do quier en su rudo abrazo, y como no se resignó llamó en su auxilio á su inteligencia; y, volviendo la fuerza contra la fuerza, ordena ahora con un gesto á la naturaleza.

¿Qué hablais de resignacion y de santificacion en la humildad por la humildad, cuando nuestra grandeza consiste en pensar y vencer el mal por el pensamiento?

El mal es mi enemigo; ó le mato, ó él me mata á mí; pero no le doy voluntariamente mis costados para que los devore. La resignacion no es ni en política ni en moral una palabra del vocabulario del hombre del progreso. De la raza de Ayax, y á pesar de que una embravecida ola le arroja sobre un escollo, se endereza cuan alto es contra la ola y dice: *Etiam si*, todavía puedo salvarme.

Se concibe tambien que Prometeo, clavado por los cuatro miembros á una roca, deja caer de laxitud su frente y abandona en silencio su cuerpo á los cuervos, pues ya no puede sacar de su pecho más que un ronco grito de furor.

Pero el hombre no es Prometeo: ha roto su cadena hace mucho tiempo, tiene la cabeza y las manos libres. Esto basta; puede luchar con fuerzas contra su destino.

Se cuenta que despues de la batalla de Alma un soldado inglés de talla homérica yacía cadáver en tierra con la cara vuelta al cielo, el ojo abierto y la pupila fija, como si acechase con la mirada algun enemigo en el espacio.

Sin embargo, estaba muerto; una bala le habia herido en el costado y la sangre habia corrido en abundancia.

Pero miéntras que agonizaba, palpitante aún sobre la yerba, volaba un cuervo alrededor de su cabeza para devorar la carne aún caliente de la víctima; el herido habia podido ver á través del velo de la agonía flotar en el espacio la sombra fúnebre del ala de este último enemigo.

Reuniendo en un supremo momento las últimas fuerzas que le quedaban, coge al cuervo por el pescuezo y le estrangula ántes de exhalar el último suspiro.

A pesar de estar muerto le tenía en su mano eternamente contraida, y los dos reposaban uno al lado del otro sobre el mismo campo de batalla.

Hagamos como el soldado. Estranguleimos al cuervo; venguemos á Prometeo, y despues de esto ya podemos morir.

IV.

Digna de vos es, sin embargo, esta doctrina de perfectibilidad que dice á todos los hombres inclinados sobre el surco:

«Trabaja, es la ley; pero recuerda al trabajar que la humanidad de la que formas parte, átomo de un minuto, está en perpétua colaboracion.

»Cuando has venido al mundo has encontrado formado alrededor de tu cuna el inmenso mobiliario intelectual y material de todas las invenciones y de todas las riquezas de la civilizacion; otros habian hecho estas cosas ántes para tí, sin saberlo, puesto que te las han trasmitido para tu uso; gracias á estos legados anónimos de millares de generaciones aparecidas ántes, desaparecidas hoy tú posees hoy seis mil años de pensamientos y participas al salir de la cuna de seis mil años de economía.»

Pues bien, por todos estos descubrimientos de nues-